

HERMANN BROCH
VOCES

Traducción de
MARÍA ÁNGELES GRAU

Notas de
SALVADOR MENDIOLA

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

COORDINACIÓN DE DIFUSIÓN CULTURAL
DIRECCIÓN DE LITERATURA

MÉXICO 2009

ÍNDICE

<i>EN EL LUGAR DE UNA FOTOGRAFÍA...</i>	3
NOTA INTRODUCTORIA	3
CRONOLOGÍA	7
VOCES 1913	9
VOCES 1923	15
VOCES 1933	18

En el lugar de una fotografía:

*¡El hombre! Como la hierba sus días,
como la flor del campo, así florece;
pasa por él un soplo, y ya no existe,
ni el lugar donde estuvo le vuelve a conocer.*

Sal. 103, 15-16

NOTA INTRODUCTORIA

Mil novecientos ochenta. ¿Por qué tienes que hacer poesía? Para bajar de la luna e instalarnos en la luna, quizá.

En alemán, ese idioma que igual se ha prestado para hacer filosofía que para elaborar discursos hitlerianos, la palabra *Dichter* designa, confunde al poeta con el pensador. Así, la escritura del poeta (*Dichter*) es aquella que nos habla del mundo tal como no ha sido, tal como lo desea quien, sin dudar, accede por el *sentido de la posibilidad* al grado supremo del hombre sensible (según lo indicara Friedrich Leopold Freiherr von Hardenberg —Novalis). Y Hanna Arendt, en su digno ensayo acerca de Hermann Broch, nos advierte que éste fue poeta a pesar suyo.

¿Quién es poeta por su propio gusto?

Broch, nacido en Viena (la de Freud, Musil y Kraus, entre otros), en el seno de una acomodada familia de origen hebreo, vivirá, padecerá, intentará comprender, superar la paradoja de ser un pensador y un poeta. Dedicado a la literatura, la filosofía, las matemáticas y la psicología, Hermann Broch encarna al hombre de nuestro siglo; el hombre que, enfrentado a la totalidad del Ser, elige la poesía (metáfora, significancia, lucha y unión de los contrarios), la obra de arte como continente esencial del infinito y la nada; pero que, a un

mismo tiempo y por el mismo deseo, recurre (quizá por temor a *la posibilidad*) a la ciencia (esencia del Absoluto productivo del capitalismo) como medio para transformar lo real. Es decir, Broch —escindido por el siglo— le pedirá a la ciencia lo que sólo la poesía puede dar, y dudará de la poesía porque no es capaz de superar las improbabilidades de lo científico.

Al contrario de los románticos del siglo XIX (sus hermanos, sus prójimos), Broch *conocerá* la fuerza, el poder del déspota totalitario (llámese Dios, Hitler, Stalin, los Aliados o lo que sea); padecerá la violencia de la guerra como modo de reproducir la angustia, el temor del Amo, lo que el Poder produce para subsistir; o sea, para erigir al Estado por encima de los cuerpos, el Leviatán burgués no dudará ante la masacre. Porque Leviatán mira a la cara a los más altos, es rey de todos los hijos del orgullo (Job. 41, 26).

Hermann Broch, como el justo, sufrirá cárceles y persecuciones, vivirá la agonía del exilio, la certidumbre de que este mundo (como es) no es para el hombre sino para quien derrama la sangre del hombre. Y su respuesta, su voz, se moverá —indecisa— entre el silencio y la verdad; pues desea llegar a ese punto donde las palabras ya no son los puentes sino la meta, el punto final, la emancipación de los hombres. Viejo sueño romántico: hacer que las voces regresen a la Voz, llegar al lugar donde decir Yo es decir Nadie y es decir Todos. Voces que se levantan contra la mano del verdugo; el poema como anhelo de “conversión”, propósito de enmienda, puerta que el hombre abre para negar esa ausencia llamada Dios y afirmar la presencia de quien lo inventa, o la desesperanza de ser yo quien funda la imagen y la semejanza.

Ya lo dijo Cortázar, Broch, como Musil y Lezama, no puede ser popular, no puede estar en manos de todos porque hay manos manchadas de sangre; no todos son inocentes, no todos están libres de culpa. Por eso Villaurrutia (ese famélico Goethe de nuestra post-revolución) exigía, suplicaba que lo del “pueblo” fuese sólo para

unos cuantos. Lo cual me parece justo, a condición de que “unos cuantos” sean todos los justos; y esto ocurrirá el día en que el corazón y la cabeza hagan cierta la posibilidad de ser *libres para la libertad*.

Voces es un largo poema dividido en tres partes (1913, 1923 y 1933), escrito por Broch para que sirva de contrapunto a su novela *Die Schuldlosen* (Los Inocentes), publicada en 1954.

Novela del desengaño, *Los Inocentes* marca el retorno de Broch a la poesía; es el gesto desesperado de quien, habiendo renegado de su condición de poeta, descubre que, aun a pesar suyo, debe hacer poesía. Si la obra de arte es “el destello del absoluto que arde y se renueva en el hombre”, la voz del poeta es indispensable. Y con gran dolor Broch cumple los deseos de su editor, Alfred A. Knopf, quien le había solicitado un nuevo libro; reúne una serie de novelas cortas publicadas en los años veinte y treinta, y tras una ligera vacilación, consigue uniformar el sentido y ambiente de esas narraciones breves, convirtiéndolas en la novela que intentará reflejar la totalidad de un mundo, la vida global de los personajes que representa. Y como el mismo Broch aclara: “La novela describe tipos y situaciones de la época prehitleriana. Los personajes escogidos son completamente *apolíticos* (apocalípticos, diría yo, S. M.); en cuanto a ideas políticas, flotan en terreno vago y nebuloso. Ninguno de ellos es directamente *culpable* de la catástrofe hitleriana, por eso se titula el libro *Los Inocentes*. Ahora bien, el nazismo adquirió su fuerza —la experiencia lo ha confirmado— en estas situaciones espirituales y anímicas”. Hitler será la encarnación de estos burgueses medios.

Voces puede ser leído aparte de la novela. El libro arranca con la “Parábola de la Voz”, donde el rabino Leví bar Chemjo, que hace muchos años vivía en el Este y fue muy famoso, le revela a sus discípulos el porqué de la voz del Señor, cuyo lenguaje es silencioso y Su

silencio es Su lenguaje. Pero, ¿qué cosa es a la vez silencio y voz?, se pregunta el rabino; y responde: “Evidentemente, de todo cuanto yo conozco, es el tiempo el que reúne esta dualidad. Y aunque nos abarca y atraviesa, es para nosotros silencio y mudez. Sin embargo, al hacernos viejos, si tendemos el oído al pasado, oiremos un suave murmullo. Es el tiempo que acabamos de vivir. Y cuanto más escuchemos el pasado, más capaces seremos de oír la voz de los tiempos, el silencio del tiempo...”

Voces es lo que Hermann Broch, a los cincuenta y siete años, escucha en el murmullo del tiempo; es su lectura de la época prehitleriana, su versión de los hechos y su desengaño ante la incapacidad del poema para detener la mano del asesino; pero al mismo tiempo es la voz de quien, desarmado, mudo, aún desea hacer que la creación se cumpla en nosotros.

Broch ha muerto, de alguna manera ahora descansa del odio y del amor; pero su voz se ha sumado a las voces del tiempo. Es tarea de nosotros, los todavía vivos, escuchar el llamamiento de la creación, que pugna por ser del hombre.

SALVADOR MENDIOLA

CRONOLOGÍA

- 1886: Hermann Broch nace en Viena, Austria.
- 1908: Después de cursar estudios de ingeniería textil, primero en la Escuela Técnica Superior de Viena y luego en el Instituto Textil de Muhlhouse, se incorpora a la industria textil de su familia.
- 1913: Comienza a colaborar en la revista *Der Brenner* (El Mechero) con diversos artículos.
- 1916: Desempeña el cargo de director del consejo administrativo en la fábrica paterna.
- 1927: Abandona las actividades empresariales para dedicarse por completo a la literatura y a sus estudios de filosofía, matemáticas y psicología.
- 1931-32: Publica *Die Schlanfwandler* (Los Sonámbulos), trilogía histórica que constituye uno de los pilares de la novelística centroeuropea de la primera mitad del siglo XX.
- 1933: *Die Unbekannte Grösse*.
- 1934: *Geist und Zeitgeist*.
- 1938: Es arrestado por la Gestapo y pasa cinco semanas en la cárcel, de la que sale gracias a una gestión a su favor de James Joyce, Stephen Hudson y Edwin Muir. Abandona su país y se refugia en Londres y después en Escocia, para exiliarse en el otoño del mismo año en Estados Unidos.
- 1945: *Der Tod des Vergil* (La muerte de Virgilio), novela considerada como su obra maestra es publicada en alemán y en inglés.
- 1949: Es nombrado para el claustro de la Universidad de Yale.
- 1951: Es propuesto por el Pen-Club austriaco y por altos círculos literarios americanos para el Premio Nobel de Literatura; pero ese mismo año muere en New Haven, Estados Unidos.
- 1953: Aparece en forma póstuma su novela inconclusa *Der Versucher*.
- 1954: *Die Schwldlosen* (Los Inocentes)
- 1955: *Dichten und Erkennen* (Poesía e investigación) y *Erkennen und Handien*, recopilación de ensayos escritos a partir de 1932.

- 1957: *Briefe*, volumen que contiene su correspondencia.
1959: *Massenpsychologie*, estudio inacabado.

Aún no han sido traducidas al español todas sus obras, y en nuestro país son pocas las que se pueden conseguir, quedando reducida su lectura a un pequeño círculo de lectores (entre los que destaca Juan García Ponce). Los interesados, si tienen paciencia, pueden buscar los siguientes libros:

Posenow o el romanticismo. (Primer tomo de *Los Sonámbulos*), Editorial Lumen, Barcelona, 1974. Traducción de María Ángeles Grau. (Según tengo entendido, en España ya apareció el segundo tomo: *Esch o la anarquía*; y debe estar por salir el tercero: *Huguenau o el realismo*).

Los inocentes, Editorial Lumen, Barcelona, 1969. Traducción de María Ángeles Grau.

Poesía e investigación, Barral Editores, Barcelona, 1974. Traducción de Ramón Ibero. (Uno de los ensayos que contiene este libro fue publicado por Tusquets en sus Cuadernos Íntimos: *Kitsch, vanguardia y el arte por el arte*, Barcelona, 1971).

También se tiene noticia de una traducción al español de *La muerte de Virgilio*; Otaola me habló de ella, bienaventurados los que la tengan en su biblioteca.

VOCES

1913

Mil novecientos trece. ¿Por qué tienes que hacer
poesía?
Para descubrir otra vez mi juventud.

* * *

Un padre y un hijo siguen juntos su camino
desde hace muchos años: Estoy muy cansado,
dice el hijo de pronto, ¿a dónde nos lleva todo esto?
Desde el comienzo todo es cada vez más sombrío,
nos amenazan tempestades y a nuestro alrededor
anuncian su peligro fantasmas, multitudes y demonios.
El padre contesta: El progreso avanza
hacia el más hermoso de los caminos, y ¡quién se atreve
a turbarlo!
Tú lo entorpeces con tus dudas y con tu mirada cobarde,
¡cierra ya los ojos y avanza con fe ciega!
El hijo responde: El frío me invade,
¿acaso no has sentido nunca una pena profunda?
¡Oh, date cuenta!, cabalgamos en sombras.
¡Oh, date cuenta!, nuestro progreso no es más que una
huella,
el suelo se hunde bajo nuestros pies y nos arrastra,
damos vueltas sobre un torbellino como plumas sin
peso.
Nuestros pasos son engaño y les falta un espacio.
El padre contesta: ¿Acaso el avanzar del hombre
no le lleva siempre a espacios infinitos?
El progreso conduce a un mundo sin fronteras,
tú en cambio lo confundes con fantasmas.
Maldito progreso, dice el hijo, maldito regalo,
él mismo nos cierra el espacio,
sin dejar que nadie avance,
y el hombre sin espacio es un ser ingrátido.

Éste es el nuevo rostro del mundo:
El alma no necesita progreso,
pero sí en cambio precisa gravidez.
El padre sigue avanzando e inclina la cabeza:
«Un polvo reaccionario cubre a mi hijo».

* * *

¡Oh, primavera otoñal!
Nunca hubo primavera más hermosa
que aquella primavera de otoño.
Floreció la tranquilidad más amorosa,
aquella que existe antes de la tempestad.
El pasado surgió de nuevo,
y también la disciplina.
Hasta el dios Marte sonreía.

* * *

De todos los sufrimientos que los hombres se infligen
entre sí,
no es la guerra el peor mal,
es sólo el más absurdo
y padre de todas las cosas.
Y el mundo de los hombres
ha heredado de la guerra la insensatez,
que está incrustada inextirpable en su carne.
Dolor, ¡oh, dolor!
La insensatez no es más que falta de imaginación,
ridiculiza lo abstracto, habla absurdamente de cosas
santas,
del suelo y del honor de la patria,
de mujeres y niños a los que hay que defender.
Pero si se halla ante lo concreto, entonces enmudece
y es incapaz de imaginar los rostros,
los cuerpos y los miembros desgarrados de los hombres,
así como el hambre que en mujeres y niños ella misma
ha despertado.
Así es la insensatez, merecedora de la piedad de Dios,

la insensatez de los filósofos y de los poetas,
que hablan, sin saber, de espíritus sangrantes, de bocas
babeantes,
y de la santidad de la guerra.
Pero deben evitar las banderas ondeantes de las
barricadas,
pues allí acecha la verborrea abstracta,
la falta de responsabilidad sangrienta y sanguinaria.
Dolor, ¡oh, dolor!

* * *

En el espacio al que no podía darse este nombre,
porque era la sede de todos los ángeles y de todos los
santos,
allí habitó una vez el alma.
Y no necesitaba suelo ni firmamento ni progreso,
pues sus pasos eran el infinito, sostenido desde lo alto,
sumergidos en la maraña de lo eternamente perfecto.
Pero cuando el infinito llamó al espíritu,
tuvo éste que volver al espacio de lo real
y conquistarlo y admitir altura, anchura y profundidad
como formas ineludibles del ser.
Así fue como el saber se transformó en progreso,
bañado en sangre, en torturas y en obligaciones.
Y su nuevo comienzo, confuso, herético, embrujado,
desgarrado en sus creencias por la barbarie,
torturado sin compasión por los infiernos
y sin embargo ampliamente humano,
estaba abierto al conocimiento y a la investigación
y en las imágenes del mundo descubrió un nuevo
infinito.
Es el mismo juego de otros tiempos:
el infinito, casi poseído por el espíritu,
escapa hacia espacios extraños
hasta el borde del conocimiento,
allí donde la palabra enmudece y los sueños se hielan,
donde el sonido se apaga y la misma imagen se esfuma.
La medida no es allí medida ni vale ningún juramento,

es la maleza de los sin destino,
una proliferación monstruosa
que confunde la lejanía con lo cercano,
un burbujeo de caldera embrujada
que confunde el calor con el frío.
Y surge un nuevo espacio, sin espacio ni medida,
el espacio del nuevo tiempo,
que se abre otra vez a las torturas —¡oh, cuánto sufre
el corazón!—,
que se abre otra vez a las guerras —¡oh, pecados y
más pecados!—,
a fin de que el alma del hombre resucite.

* * *

Ésta es la gran época de la juventud burguesa
que sólo piensa en el dinero, en el amor y cosas
semejantes,
mientras pretende renunciar a todo lo demás
uniendo su mundo a otros mundos mediante simples
problemas de celos.
Dios es un requisito que se usa en poesía,
y la política, en otros tiempos virtud de príncipes,
no es más que vileza para aquel que hojea el periódico,
pues la considera un pecado del pueblo,
y esto le libra de obligaciones.
Así se creó mil novecientos trece,
con un ruido exento de alma y con gestos de ópera,
y sin embargo lucía el suave y hermoso arco iris de
siempre,
aliento del rito del amor y eco de grandes fiestas de
año, año,
cuellos almidonados, corpiños, encajes,
¡oh encanto de las faldas acampanadas!,
¡última y dulce despedida del barroco!

* * *

Hasta lo que sobrevive en el tiempo y carece de color

adquiere, al despedirse, el suave tinte de la melancolía,
¡oh, tristeza del pasado!,
¡oh, Europa, oh, milenios de Occidente!
La vida estructurada de Roma y la sabia libertad de
 Inglaterra
se ven desde ahora amenazadas y puestas en
 contradicción,
y surge de nuevo el pasado,
el apacible orden de los símbolos de la tierra,
en los cuales —¡oh, iglesia poderosa!—
se refleja y se expande el infinito,
imagen del universo en reposo de triple acorde
dentro de sus lentas soluciones y armonías.
Y ésta fue precisamente la dignidad de Europa,
impulso controlado, presentimiento del todo,
que mira hacia arriba siguiendo las líneas progresivas
 de una música
—¡oh, cristiandad de Sebastián Bach!—
y que como el ojo de este mundo
se impregna de cuanto en el otro existe,
de forma que se cumplan
tanto los lazos de allá arriba como los de aquí abajo.
Y el acontecer que sigue el orden tradicional, y la
 libertad,
se extienden de símbolo en símbolo
hasta el sol más escondido del universo occidental.
Y se evidencia de pronto que nada cambia,
que las imágenes carecen de conexión, inmutables en
 su rapidez,
que apenas hay símbolos,
y que el finito y el infinito a la vez
amenazan la atrayente disonancia.
El triple acorde, tradición en la que ya no se puede
 vivir,
se vuelve ridículo e insoportable;
el Elíseo y el Tártaro se precipitan uno en otro
y ya no se pueden distinguir.
Adiós, Europa. La bella tradición ha terminado.

* * *

Din-dón, gloria.
Nos vamos a la guerra
sin saber por qué,
pero quizá resulte divertido
yacer en la tumba
junto a los cuerpos de los hombres.
La amada queda callada en casa
y llora amargamente,
pero el soldado se burla heroico
de las lágrimas de mujer,
cuando ante el enemigo
estalla el cañón
con din-dón gloria.
Aleluya, aleluya.
Nos vamos a la guerra,

VOCES

1923

Mil novecientos veintitrés. ¿Por qué tienes que hacer
poesía?
Para informar de todas nuestras negligencias.

* * *

Es en la santidad, sólo en ella,
donde el hombre se enriquece más allá de sí mismo.
Y cuando, sumido en la plegaria, se entrega
a algo superior,
la parte anterior de su cabeza, el rostro,
se hace más humana,
su existencia se humaniza y adquiere plenitud,
el mundo tiene sentido para él.
Pues sólo en la santidad, sólo en ella,
encuentra el hombre la convicción
sin la cual nada tendría sentido,
el convencimiento de la veneración
que se dirige a lo más grande y que,
precisamente por ello, es la pura sencillez sobre la tierra
la ayuda al prójimo es buena, el asesinato malo,
sencillez de lo absoluto.
Todo lo santo lucha por este absoluto,
se acerca al martirio y, atrayendo hacia sí
la vida simple, la eleva hacia la santidad,
hacia la única convicción soportable,
hacia la pureza más sencilla.
Pero cuando
esta convicción y santidad
y esta sencillez desaparecen,
cuando son destronadas
por diversas convicciones muy santas
o, mejor, son reemplazadas
por otras opiniones muy puras
que juegan a la santidad irrespetuosamente,

aparece la idolatría,
el culto a muchos dioses,
culto que ya no permite al hombre dirigirse a lo más
grande,
no, le arroja a lo inferior a él, de suerte que
pierda su humanidad, caiga en el rebajamiento de sí
y finalmente, con una falsa veneración, se dirija
plegarias a sí mismo,
sin venerar la auténtica humanidad: aquí aparece lo
pagano,
el vacío del mundo en el que todo tiene el mismo peso,
en el que todo tiene la misma santidad pagana.
Y así se enfrentan las convicciones,
al no existir veneración ni santidad ni distinción,
y cada una de las convicciones es la más santa,
la absoluta, y quiere aniquilar a las demás,
dispuesta a cualquier asesinato.
De la abundancia de convicciones
y de las falsas santidades surge, pavoroso,
el terror
en el salvajismo ronco del vacío,
pero imitando la santidad,
de modo que incluso se podría morir por él
con la alegría de un mártir.
Y
cuando los hombres volvieron de la guerra,
cuyos campos de batalla habían sido un vacío ululante,
encontraron lo mismo en sus casas:
el vacío de la técnica
ululaba igual que los cañones,
y el dolor humano se tenía que refugiar,
como en los campos de batalla,
en los rincones de los espacios vacíos,
circundado por aquella ronquera que produce el miedo,
rodeado sin compasión por la nada más brutal.
Entonces les pareció a los hombres
que todavía continuaban muriendo,
y preguntaron lo que preguntan todos los moribundos:
«¿Por qué, con qué fin hemos malgastado nuestra vida?»

¿Qué nos ha conducido a este vacío?
¿Qué nos ha entregado a la nada?
¿Es ésta en verdad la determinación del hombre?
¿Es ésta su suerte? ¿Es que verdaderamente nuestra
vida
no puede tener otro sentido sino este sin-sentido?»
Mas las respuestas a estas preguntas
las hacían los mismos hombres,
y eran por tanto opiniones vacías,
otra vez el vacío de la nada,
cobijado en la nada,
formado por la nada,
y por eso predestinado a sumergirse de nuevo
en la confusión de las convicciones
que obligan al hombre a ofrecerse nuevamente en
holocausto,
a ofrecerse de nuevo en la guerra,
a ofrecerse de nuevo a la heroicidad pagana y vacía,
a la muerte sin martirio,
al sacrificio vacío
que nunca vuelve a crecer sobre sí mismo.
¡Ay de la época de las convicciones huecas
y los sacrificios vacíos!
¡Ay del hombre de vacío altruismo!
Pues aunque los ángeles le lloren
será un llanto inútil.
¡Fuera convicciones!
¡Fuera el caos de las convicciones,
la santidad pagana!
¡Oh simplicidad de la vida sencilla!
¡Oh absoluto!
¡Oh, dadles ya su eterno y sano derecho!
¡Oh piadosos deseos! Nadie puede cumplirlos,
pues todos son culpables, sin serlo,
de no cumplirlos:
pero aquel que se aproveche de la culpabilidad humana
en su propio beneficio,
recibirá el castigo de su culpa;
la maldición de la infamia caerá sobre él.

VOCES

1933

Mil novecientos treinta y tres. ¿Por qué tienes que
hacer poesía?

Tierra de Promisión de la despedida,
¡oh, presentimiento de profundos abismos!

* * *

No nos engañemos,
nunca seremos buenos;
arrastrados de borrachera en borrachera,
vamos hacia la tortura y la sangre.
Amamos la pena de muerte,
con el látigo, la soga y los gritos;
con cincuenta valientes latigazos
liberamos las costillas y la columna vertebral.
El hierro del garrote
quiebra lentamente la nuca,
y de la hirsuta barba del reo
cuelga la lengua azul.
Nuestro progreso tiene mucho que agradecer
a la juiciosa guillotina;
la silla eléctrica,
que tortura sin hablar,
sirve para idéntico fin.
Los patíbulos de acero
para dos o cuatro personas,
orgullo del ejército alemán,
se mueven sobre neumáticos de goma.
Las plumas diseñan en los tableros de dibujo
y nadie, nadie, siente temor.
La nueva cruz de Gólgota
hecha de tubos y enchufes,
se puede transportar, brillante, sobre ruedas,
exacta, para que la gente lo crea,

y luego los ingenieros
le atornillarán allí.

* * *

Descúbrete y piensa en las víctimas.

Pues sólo el que siente la soga en su cuello
se da cuenta de la brizna de hierba
que se agita en el viento
por entre los adoquines que hay bajo el cadalso.
¡Oh, aquellos que disfrutaban con el derramamiento de
sangre!

Lo demoníaco es ciego,
lo prohibido es ciego,
los espectros son ciegos,
están ciegos ante lo que germina
porque ellos carecen de crecimiento.
Y sin embargo, cada uno de ellos
fue niño una vez.

No alabes ni premies nunca más a la muerte,
no premies la muerte que los hombres se infligen unos
a otros,

no alabes lo indigno.

Ten, en cambio, valor para decir mierda cuando alguien
excite a los hombres a matar a su prójimo.

En verdad que el asesino sin dogmas
es el mejor de los hombres:

¡oh llamada humillante y envilecedora,
llamada al verdugo, la llamada de miedo más secreto,
llamada de todos los dogmas que carecen de
fundamento!

Hombre, ¡descúbrete y piensa en las víctimas!

El mal vuelve siempre su rostro hacia el mal:
¿quién consume el sacrificio humano espectral?
Un espectro.

Está ahí en la habitación, algo prohibido está ahí,
que silba para sus adentros,
¡es el espectro del espíritu burgués
habitado al orden!

Ha aprendido a leer y a escribir,
usa cepillo de dientes,
va al médico cuando está enfermo,
honra a veces padre y madre,
en general se ocupa sólo de sí mismo,
y sigue siendo sin embargo un espectro.

*Surgido del ayer, sujeto románticamente al pasado,
presintiendo en cambio las ventajas del tiempo actual
y pendiente de éste, un espectro que no es un espíritu,
un espectro de carne, sin sangre y sin embargo san-
guinario, con una objetividad casi carente de odio,
sediento de dogmas, ávido de fórmulas exactas y mo-
vido por ellas como por los hilos de las marionetas
(entre estas fórmulas está el progreso), siempre san-
griento y cobarde, virtuoso en cambio en toda circuns-
tancia, así es el burgués: ¡dolor, ay, dolor!*

*¡Oh, el burgués es en definitiva lo demoníaco! Su
ilusión es la técnica más moderna y desarrollada que
lleva inexorablemente a fines ya extinguidos, su ilu-
sión es la ramplonería más perfecta técnicamente.
Sueña en que un espíritu demoníaco profesional toque
exclusivamente para él, sueña en la magia de la ópe-
ra, que brilla y refulge entre el hechizo del fuego. Su
ilusión es brillo andrajoso.*

¡Ah, qué asustados estábamos!
A través del Berlín de espectros
pasaba como un rayo el emperador-burgués,
plif-plaf, clin... clin...,
ramplonería de púrpura y apocalipsis,
motorizado y vestido de armiño,
hiede a barroco,
resuena diáfana su gran limusina.
Nos empujamos con los hombros
y nuestro espanto se convierte en risa.
Pero esto era sólo el comienzo,
cuando tres decenios más tarde
se aproximó el monstruo y abrió sus fauces

y nos habló en un lenguaje babeante,
entonces perdimos nosotros el don de la palabra.
Las palabras se secaron
y parecía
que nos hubieran arrebatado para siempre
la comprensión:
el que todavía hacía poesía
era tenido por un loco despreciable,
que pretendía sacar frutos de flores marchitas.
Perdimos la risa y vimos la máscara del terror,
la ramplonería fúnebre
unida al rostro del verdugo,
espíritu burgués.
Máscara sobre máscara,
monstruosidad cubriendo monstruosidades,
rostro que ignora las lágrimas,

* * *

Pero las revoluciones, sublevación de la naturaleza ante lo monstruoso, ante lo espectral y radicalmente prohibido, rebelión contra la multiplicidad de convicciones, que la sublevación pretende destruir mediante el fuego lúgubre y corrosivo del terror y de la violencia, las revoluciones se convierten ellas mismas en fantasmas, ya que todo terror provoca una nueva actuación de la burguesía, hace surgir a los que se aprovechan de las revoluciones, al burgués rebelde, al técnico y virtuoso del terror, a los eternamente profanadores de la justicia: ¡Dolor, ay, dolor!

¡Oh justicia revolucionaria! La revolución trae consigo la revolución imitativa y demoníaca del burgués, ente criminal y más exasperante aún, porque su falta de dogma es la del poder al desnudo. No se trata ya de convencer, de grado o por fuerza, sino de la infamia inherente a todas las convicciones, del instrumento de terror técnicamente más perfecto, de campos de concentración y laboratorios de tortura, que tratan de conseguir, mediante la abolición de la ley, hecha ley suprema, mediante la mentira fantasmagórica, hecha

*verdad superior, una esclavitud universal y abstracta,
ajena a todo lo que sea humano.*

* * *

No podemos medir el ser que hemos perdido:
yo era uno en mi cuna
y seré uno a la hora de mi muerte,
aunque quizá deberé aguardar,
tras los alambres de púas,
a que me conduzcan
al lugar del suplicio.
Pues nuestras almas,
aunque adheridas a la nada
y sin saber hacia dónde
han de dirigir sus plegarias,
susurran delirantes en piadosa soledad,
como si en la nada
se ocultara callado el Ser.
¡Oh, haced que yo nunca olvide!
Por eso tú, que aún vives,
debes descubrirte y pensar en las víctimas,
sin olvidarte de aquellas que lo serán en el futuro.
La carnicería humana no ha terminado aún:
¡sean malditos los campos de concentración
de todo el orbe terrestre!
Se multiplican, sea cual sea su nombre.
Revolucionarios o antirrevolucionarios,
fascistas o antifascistas,
representan el dominio del burgués,
ya que éste quiere practicar y sufrir la esclavitud.
¡Maldita sea la ceguera!
El prado y el bosque llegan hasta las alambradas,
y en los hogares de los verdugos cantan los canarios.
Un cielo de sangre cubre las cuatro estaciones del año
y el arco iris no tiene color de esperanza,
el cosmos se burla de las incompatibilidades
y pregunta al hombre:
¿soportarás todo eso aún mucho tiempo?,

¿qué ves?, ¿qué te parece falso?
El que va a morir lo ve;
ya nada le amarga
y el tiro en la nuca es auténtico.
Descúbrete y piensa en las víctimas.

* * *

La incisión en lo terreno, otra vez. La orilla descende
abrupta, hasta el mar,
El paisaje ya no constituye un todo y el horizonte,
allá a lo lejos,
está cubierto por la niebla múltiple de la metamorfosis.
Las cosas se han convertido en medida del hombre.
Y el ayer se escapa antes de que la barca lo recoja.
Ve hasta el puerto.
Las barcas aguardan todas las noches, invisibles,
para llevar hacia el este desconocido de la noche
la flota de los humanos: ¡oh, incisión que atraviesa el
tiempo!
¿Existió nunca un ayer? ¿Quiere burlarse de ti?
¿Existió nunca la madre? ¿Existió nunca lo que te
llevó en su seno?
¿Existe el retorno al hogar? Nunca existe el retorno,
siempre hallas, en tus encuentros, aquello que te está
destinado.
Por eso no es necesario que busques, mira únicamente.
Contempla el flujo y reflujo tranquilos,
contempla la metamorfosis en la escisión,
la pausa entre lo visible y lo invisible
en que se resuelve la escisión,
allí a donde vuelven las cosas hechas por el hombre,
indefensas al término de su poder. En eso se cumple
todo.
Ve hasta el puerto.
Cuando el atardecer se cierna sobre los muelles
y el mar sea un espejo tranquilo,
observa allá donde el ayer se convierte en mañana
antes de que se cumpla.

El paisaje está dividido,
pero tu saber es mayor que tú mismo.
Espolea de nuevo tu conocimiento
para que tu saber lo alcance
antes de que caiga la noche.

* * *

No basta el que no esculpas una imagen Mía;
tú piensas sin embargo en imágenes
cuando piensas en Mí.
No es suficiente que te avergüences
de pronunciar Mi Nombre;
tu pensamiento es lenguaje
y Me nombras con tu callada vergüenza.
No basta que no creas en otros dioses aparte de Mí;
tu fe sirve sólo para forjar ídolos
y Me coloca en su mismo rango;
son ellos y no Yo quienes te dan órdenes.
Yo soy el que soy
y no soy porque soy.
Yo escapo a tu fe.
Mi rostro no es rostro. Mi lenguaje no es lenguaje,
esto lo sabían Mis profetas:
cualquier afirmación acerca de Mi Ser o Mi no-Ser
es presunción.
Y tanto el descaro del embustero
como la sumisión del creyente
son igualmente saber presuntuoso.
Aquel evita las palabras de los profetas
y éste no las comprende,
aquél se rebela contra Mí,
éste se Me une con una veneración cómoda.
Por eso rechazo a aquél
y sobre éste dejo caer Mi ira.
Soy benévolo para con los que confían en Mí.
Soy el que no soy,
soy una zarza ardiendo y no lo soy,
pero a aquellos que preguntan:

¿a quién hemos de venerar? ¿quién ocupa el primer
puesto entre nosotros?,
a ellos ya les respondieron Mis profetas:
¡Venerad lo desconocido! ¡Adorad lo desconocido!
Lo que está fuera,
lejos de vuestro campo;
allá está Mi trono vacío,
inasequible en el no-espacio vacío,
en la no-mudez vacía y sin límites.
¡Protege tu conocimiento!
No intentes acercarte.
Si quieres acortar la distancia
agrándala con libertad
y arrástrate libremente en la contricción
sin poder acercarte a ti mismo.
Sólo así podrás formarte una imagen.
Si no, te verás obligado a la contricción.
No seré Yo quien levante el látigo sobre vuestras
cabezas,
vosotros mismos lo iréis a buscar
y bajo sus golpes
perderéis vuestra capacidad de ser imágenes,
perderéis vuestro conocimiento.
Pues en tanto Yo sea y exista para ti,
te habré infundido el no-espacio de Mi Ser,
y habré hundido hasta lo más profundo de ti mismo
aquello que es más externo,
a fin de que
tu conocimiento llegue a presentir tu saber
y, no obstante, puedas creer en tu falta de fe,
reconoce la capacidad de tu conocimiento,
pregunta por tu facultad de preguntar,
la claridad de tu oscuridad,
la oscuridad de tu claridad,
que no se pueden oscurecer ni volver más diáfanas:
ahí radica Mi no-Ser.
Así es como enseñaron Mis profetas
cuando fue el momento
y, rebelándose sólo por ser elegidos

pero siendo sin embargo elegidos,
algunos del pueblo así lo entendieron
y se atuvieron a ello.
Escucha en lo desconocido,
atiende a las señales de la nueva plenitud
a fin de que existas cuando se abran a tu conocimiento.
Dirige hacia allá tu piedad y tu oración.
No Me reces a Mí, no te oiré:
sé piadoso por Mi causa, incluso sin acercarte a Mí.
Sea ésta tu conducta:
orgullosa humildad
que te hace ser hombre.
Y, sobre todo, mira.
Esto sí es suficiente.

* * *

Oh, el sistema solar es todo para el hombre,
y le cuesta decir adiós,
aunque en la mirada de despedida
descubra la Tierra de Promisión,
sin que pueda ni deba pisarla.

Hermano lejano, a quien todavía no conozco
en mi desamparo,
ha llegado el momento
de que escalemos el monte Pisgah.
Un poco fatigados
—como corresponde a nuestra edad—
pero llegaremos,
y luego, en la cúspide del monte Nebo,
allá descansaremos.
No seremos ni los últimos ni los primeros en llegar.
Se nos juntarán eternamente
gentes de nuestra clase
y diremos de pronto Nosotros
olvidando el Yo.
Pero ahora hablaremos así:
nosotros, estirpe elegida,

estirpe renovada entre todas las demás,
en máxima y pujante transformación,
nosotros que hemos cruzado el desierto
hambrientos, sedientos, cubiertos de polvo y de mugre,
completamente agotados
(sin citar los insectos, las sabandijas
y las enfermedades
que nos han torturado).
nosotros los exiliados,
los buscados por el hogar
y que por eso buscamos hogar,
nosotros, los que hemos escapado al horror,
reservados para la felicidad de conservar
y de contemplar.
Nosotros, los que nos hemos evitado
el horror de la contemplación expectante,
nosotros somos los bienaventurados.
La noche se nos ha hecho corta,
para nosotros el ayer llega hasta el mañana
y vemos uno en otro,
regalo maravilloso de la paridad del tiempo.
Y de este modo
(mientras allá abajo hacen sus equipajes,
con la confusión y los gritos de la marcha),
a nosotros, aquí arriba,
libres de toda esperanza, dichosos,
en la gran despedida de la contemplación,
nos es dado esperar el beso dulce y fuerte de lo
desconocido
sobre nuestros ojos y sobre nuestras frentes.

Portada:
Dibujo de Kate Kollwitz

Editores:
Pablo Mora y Fernando Maqueo